

III.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Aquí, cerca del Foro, á la sombra del templo de Castor, á la puerta de la taberna, nuestro y ostento mi rica mercancía de carne humana. ¿Qué caballero, al pasar, no se prenderá de esa esclavilla griega, la cual parece una estátua del Parthenon animada? Pues tengo un gréculo que podría enseñar retórica á todos nuestros abogados; y hasta un viejo filósofo, capaz de probaros que yo soy un patricio y él un liberto, si le dejais hablar un rato. No digo nada de aquel negrillo nubio, lustroso como el bruñido mármol, ágil como la móvil gacela, que trepa á lo mico, y cae inerte á lo piedra, tocador de flauta, gimnasta de profesion, gran titiritero, gran jugador de manos, y que á lo mejor se echa á llorar, porque diz ha dejado allá lejos una madre. ¿Hay nada

más ridículo que un esclavo sentimental?—Vosotros debeis ser como esas aves de los desiertos que ponen sus huevos y dejan á otras aves el trabajo de empollarlos. ¿No os parece poco bien no tener ni padres, ni hijos, ni hermanos? Y aun sereis capaces de decir que no teneis libertad?—¿Quién me los compra? Los vendo baratos. Cuando alguno de ellos cerdea, con aplicarle el boton de fuego se enmienda en el acto. Yo soy buen domesticador. Con hierro candente no hay esclavo malo.—Saltad, jugad, desperezaos, que os vean.—Todos están desnudos. Aquí no puede haber, no habrá mácula alguna. Aquí no puede haber engaño. Ni una cinta llevan. Ahí están como su madre los parió. Podeis contarles los huesos, rascarles la piel, levantarle los brazos para mirar los sobacos, registrarlos á vuestro sabor. Hasta os permito que deis un beso, y en los lábios, á la esclava siria. Veréis qué colorada se pone. Como que es virgen. Y á pesar de esclava, tiene todavía pudor, ¡Qué regalo para un mancebo jóven, que quiera vender luego una buena casta, sirolatina á cualquier chalan! Esclavos, esclavos, vendo. ¿Quién compra? Baratos, baratos. Por allí veo el gran comprador, el opulento capuano, que no se cansa de adquirir esclavos para mandarlos

al circo. Hé, buen amo, gran mercancía, gran mercado.

BATIATUS.

Déjame en paz. Me has arruinado.

EL VENDEDOR.

¡Arruinarte! Si dijeras tú á mí.

BATIATUS.

Yo, justamente, que te dejo sextercios y me llevo hambrientos.

EL VENDEDOR.

Pues si los alimento que ya, ya. No alimentarás tú así á los innumerables clientes.

BATIATUS.

Yo les doy á mis esclavos mucha carne, para que tengan mucha sangre.

EL VENDEDOR.

Y luego la derramen hirviendo sobre la arena del circo. ¡Ay, qué regalo!

BATIATUS.

Es mi placer.

EL VENDEDOR.

Por eso eres el gran parroquiano de la Via Suburra. Vamos, cómprame algo.

BATIATUS.

¿Qué tienes?

EL VENDEDOR.

Gran mercancía.

BATIATUS.

Sepamos.

EL VENDEDOR.

Mira. Este lleva una corona de laurel, como que es un despojo.

BATIATUS.

No lo quiero. Se retuercen como furias bajo el peso de las cadenas recientes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

EL VENDEDOR.

Aquí tienes un frigio.

BATIATUS.

Si alguna noche oye ruido en casa, corre como un ciervo. No quiero cobardes á mi lado.

EL VENDEDOR.

Toma un moro.

BATIATUS.

Los moros son tan vanos, que cualquiera diria que nacieron en Roma.

EL VENDEDOR.

Te vendo este cretense, es jóven y es robusto.

BATIATUS.

Los de Creta son todos embusteros.

EL VENDEDOR.

Si necesitas de un esbirro para perseguir á tus enemigos, para celar á tu mujer, para ser la policia de la vivienda, ahí tienes un corzo.

BATIATUS.

Déjame de corzos; todos son crueles, todos al trabajo indóciles, todos vengativos en cuanto sienten la férula.

EL VENDEDOR.

Dí que no quieres comprar, y acabemos.

BATIATUS.

Pues mira, te compraria ese jónio, si no me pareciere débil.

EL VENDEDOR.

Compadre, eres gracioso. Quieres un jónio que cante, que recite versos, que declame tragedias, que componga discursos, que sea poeta, retórico,

argumentador, sofista, buen secretario, buen literato, buen escriba, y además fuerte. No pides pocas gollerías.

BATIATUS.

Aquel alejandrino fuera bueno, si no estuviese gastado. Se conoce que ha servido mucho, que se ha emborrachado mucho, que ha sido un verdadero esclavo orgiástico. No le quiero.

EL VENDEDOR.

Miren el alejandrino. Se incomoda. ¿Quieres ver cómo te clavo el hierro candete hasta el corazón? Pues qué, ¿un esclavo tiene derecho á incomodarse porque lo juzguen bien ó mal? No hay justicia en el juicio; pero eso no es cuenta tuya, es cuenta mia, que no te he comprado caro para venderte barato.

BATIATUS.

Vamos...

EL VENDEDOR.

¿Qué, os reis?

BATIATUS.

Nada de cuanto hay en tu tienda me acomoda.

EL VENDEDOR.

No estás hoy poco displicente. Voy á hacerte un regalo que no rechazarás. Besa, besa á la siria, y verás qué miel tiene en los labios. Yo la beso de vez en cuando para domesticarla. Es ruborosa como una Vestal. Besa, besa á la siria. Es un verdadero, un verdadero regalo.

BATIATUS.

Déjame en paz. Estoy hastiado. Me voy.

EL VENDEDOR.

¿Crees que has visto cuanto tengo?

BATIATUS.

¿Qué me queda por ver?

EL VENDEDOR.

¡Friolera!

BATIATUS.

Despacha.

EL VENDEDOR.

Ten un poco de paciencia. Voy á dar un latigazo al negrito, que llora. (*El negro lanza un largo rugido. Los espectadores se rien.*) Y eso por ahora, lloron, mocoso.

BATIATUS.

Por Hércules ¿acabarás?

EL VENDEDOR.

Ya voy.

BATIATUS.

¿Dónde tienes tan excelente mercancía?

EL VENDEDOR.

En la taberna.

IV.

ESPARTACO (*en el interior de la taberna*).

Esta tierra es la tierra de Roma; la piso, y no lo creo. Allá en nuestras montañas, la gran ciudad aparece como una diosa, que ha engarzado el sol en su diadema, que se ha ceñido los bosques como una túnica y el mar como un manto, confundiendo su propio cuerpo con el cuerpo de la tierra, y pesando en la inmensidad más que los astros. Y esto es Roma; inmenso estercolero amontonado en el centro de la tierra.

ORIEL.

Los hombres solo adoran la fuerza. Y como solo adoran la fuerza, solo creen divina una ciudad como esta que los ha sojuzgado, no por su propio valor, sino por la universal cobardía.

ESPARTACO (*andando á grandes pasos.*)

No, Roma, no. Cargado de cadenas, comprado cual mercancía vil, vendido mañana, yo no puedo, no, declararme, aunque humillado, vendido. Podrás tener en tus manos el cetro del destino; pero yo, yo protesto contra el destino. Y se leerá mi protesta, porque yo la escribiré sobre la tierra maldita con sangre de mis venas. Algo hay en mi frente, algo hay en mi corazón, no sé qué, algo á que no han llegado tus cadenas.

BATIATUS (*á la puerta con el vendedor.*)

Anda, torpe, cómo no lo dijiste antes. Eso andaba yo buscando.

EL VENDEDOR.

Toma, como que soy yo tonto; traté de expender lo peor. Este es un género único.

BATIATUS.

Parecen dos leones.

ORIEL.

Van á comprarnos.

ESPARTACO.

Déjalos que trafiquen, que ajusten, que se enriquezcan, mercadeando nuestros cuerpos. Jamás comprarán las almas.

ORIEL.

Y allá en el alma siempre queda un refugio para la libertad.

BATIATUS.

Parecen reyes, y no esclavos.

EL VENDEDOR.

Como reyes me cuestan, y como reyes habrás de pagarlos.

BATIATUS.

¡Qué apuestas estarán en el Circo!

CINTIA.

¿Oyes? Espartaco.

ESPARTACO.

Calla.

BATIATUS.

Serán de ver, combatiendo, rodando en el polvo. ¡Qué fuerza tendrán en la pelea! ¡Qué serenidad en la muerte!

CINTIA.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Calla.

EL VENDEDOR.

Son tracios, y con decir que son tracios no hay necesidad de añadir que son héroes.

BATIATUS.

Colman todos mis deseos.

EL VENDEDOR.

¿Compras los tres?

BATIATUS.

Ellos dos no más. Te dejo la mujer.

CINTIA.

Caballero, por piedad. No me separeis, no, de mi esposo. La muerte caería sobre mis párpados si esa desgracia cayera sobre mi corazón.

ESPARTACO.

Te mando que no supliques, Cintia.

BATIATUS.

Compraré también la mujer y me darán hijos de su estatura, de su fuerza, de su nervio. Vamos al ajuste. (*Vánse.*)

ESPARTACO (*tendiendo los brazos á la puerta por donde han salido.*)

Hijos, jamás, jamás. En la esclavitud el hombre de honor no engendra. Hijos, que no serian míos. Hijos, que marcarían con vuestro hierro,

que azotarían con vuestro látigo, hijos sin libertad, hijos sin alma. Mientras sea esclavo, no imprimiré mis labios sobre los labios de Cintia. Dormiré á su lado como se duerme junto á un compañero de armas en la guerra. Solo allá, cuando vuelva de nuevo á escalar mis montañas, cuando el viento de la libertad oree mi rostro, cuando por un esfuerzo sublime haya roto mis cadenas y arrojádoselas á mis enemigos á la frente, enrojecidas en mi cólera, estrecharé la única mujer que he amado contra mi corazón, y pediré á su amor un hijo, que nazca con mi eterno ódio á los tiranos.

V.

BATIATUS (*á la puerta de la taberna*).

Vamos, despachémos.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Impaciente estás.

BATIATUS.

Debo partir para Cápua, y quiero llevármelos

EL VENDEDOR.

Gran presente.

BATIATUS.

Empaparán el circo en sangre. Lucharán como

fieras. Están curtidos por los elementos. Están aguzados en las selvas.

EL VENDEDOR.

Son verdadero regalo, únicos, únicos.

BATIATUS.

Vamos, cuánto, cuánto?

EL VENDEDOR.

No puedo ni debo venderlos así en silencio, sigilosamente.

BATIATUS.

¿Pues qué quereis?

EL VENDEDOR.

Venderlos en pública subasta; á voz de pregon.

BATIATUS.

De todos modos, sepa yo su precio.

EL VENDEDOR.

Ya sabes que son caritos.

BATIATUS.

No me impacientes. Su precio.

EL VENDEDOR.

No me importunes. Aguarda. Ya lo sabrás. Aguarda.

(*al pregonero.*)

—Mira, tú, perro viejo, pregona una mercancía sin rival, no vista hace tiempo en Roma. Dos esclavos trácios, jóvenes, robustos, hermosos, nervudos, capaces de luchar sin descanso un día, propios, ya para combates singulares, ya para una fiesta del Circo.

BATIATUS.

¿Pero acabarás de decirme el precio?

EL VENDEDOR.

No hay que precipitarse.

2.ª parte.—Tomo II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1824 MONTERREY, MEXICO

33211

BATIATUS.

Me estás quemando la sangre.

EL VENDEDOR.

Calma, calma.

BATIATUS.

El precio, el precio, ó me voy, me voy.

EL VENDEDOR.

Ya sabes que Caton pagó los esclavos á mil quinientas dracmas.

BATIATUS.

Falso.

EL VENDEDOR.

Ya sabes cuán crecidos son los impuestos. Este público erario acabará por consumir todo nuestro dinero.

BATIATUS.

¡Qué largo preámbulo!

EL VENDEDOR.

Pues entraré de rondon en materia. Necesito y exijo mucho, muchísimo oro.

BATIATUS.

¿Vas á dar á los esclavos el precio fabuloso que se les da en las comedias de Plauto?

EL VENDEDOR.

Quiero por los tres, poca cosa, trescientos mil sextercios.

BATIATUS.

¿Estás loco?

EL VENDEDOR.

Se paga un gramatiquillo á precio de oro, un pescador seis mil sextercios, trece gladiadores

nueve millones de sextercios, un vendimiador ocho mil sextercios; se dan mil dineros al que denuncia un fugitivo, y os parece mucho pedir el pedir por mis tres esclavos trescientas mil draemas?

BATIATUS.

Me martirizas, como martiriza al hidrópico la vista del agua, y como martiriza al avaro la vista del oro.

EL VENDEDOR.

Vendo, amigo mio, vendo.

BATIATUS.

Mira, *maquignon* del averno, quizá me vendas algun epiléptico.

EL VENDEDOR.

Hagamos la prueba de que respiren el olor de azufre.

BATIATUS.

Quizá me engañes.

EL VENDEDOR.

Me volverás el esclavo, y yo te devolveré una suma doble del dinero que me hayas entregado.

BATIATUS.

Vamos pues á la compra.

EL VENDEDOR.

Vamos á la venta.

BATIATUS.

Aprisa.

EL VENDEDOR (*al pregonero*).

Muchacho, trae la balanza.

EL PREGONERO.

Vas á vender las halajas de la casa?

EL VENDEDOR (*á Batiatus*).

Echa la moneda en la balanza.

BATIATUS.

Adquiero por derecho quiritario, y á precio de trescientos mil sextercios, dos esclavos y una esclava, todos originarios de Tracia.

EL VENDEDOR.

Que te sirvan.

VI.

ORIEL (*en el fondo de la ergástula.*)

No puede caerse en una desesperacion más horrible. La cólera hace estallar el corazon del esclavo en pedazos. Han impreso sú mano aleve sobre mi megilla; han roto á martillazos mis dientes; me han sacado desnudo por las calles á la pública vergüenza, con los palos de la horca en la apretada garganta; han abierto mis carnes, que chorreaban sangre, con el látigo rematado por pesadas balas de plomo; me han clavado el aguijon como al tardo buey en los campos; me han puesto á tormento, rompiéndome los huesos y asándome lentamente las carnes; me han azotado con varas espinosas hasta hacerme sudar sangre y me han marcado con el hierro candente hasta hundirlo en la médula; las carnes se me caen á pedazos, como si estuviera desgarrado mi cuerpo